

ergiversación y Censura.

La estrategia
metodológica de la
ciencia mediatizada

Jean Paul Sarrazin¹

Fabián Arias Aguirre²

¹ Doctor en Sociología. Profesor asociado. Departamento de Sociología. Universidad de Antioquia. Correo electrónico: jean.sarrazin@udea.edu.co

² Filósofo egresado de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: fabian.arias@udea.edu.co

Resumen

E

El objetivo de este artículo es aportar a un debate crítico sobre la alianza entre ciencia, medios de comunicación y poder durante esta pandemia. Esta reflexión implica recordar algunos componentes básicos y generales del quehacer científico, para luego preguntarnos por su aplicación en la situación actual. Se recurrirá en este análisis a la obra de pensadores que han reflexionado sobre la construcción del conocimiento científico como Friedrich Nietzsche, Martin Heidegger y Bruno Latour, entre otros. Se concluye que nociones como la de «hecho científico» o «comunidad científica» han sido tergiversadas, mientras que el debate —componente esencial del quehacer científico— está siendo mutilado mediante una censura politizada.

Introducción

Desde que la Organización Mundial de la Salud (OMS) declarara la existencia de una «pandemia» del coronavirus SARS-CoV-2, la mayoría de los Gobiernos nacionales instauraron una serie de medidas sanitarias que buscaban frenar la expansión de la enfermedad —denominada covid-19— causada por dicho virus. Dentro de esta serie de medidas, la más agresiva y controvertida fue el confinamiento preventivo y obligatorio de la población en general.

Durante este período, los medios de comunicación transmitían sin cesar datos sobre la pandemia, especialmente las cifras de nuevos contagios y las muertes supuestamente causadas día a día por el desconocido virus. La ciencia, representada por la OMS o el Ministerio de Salud,

nos decía lo que estaba ocurriendo y cómo debíamos comportarnos para evitar la muerte. Mientras que los noticieros nos transmitían esa ciencia, los gobiernos nos explicaban que debían imponer y hacer cumplir las medidas sanitarias de acuerdo con las recomendaciones de la «comunidad científica», los «expertos» o las autoridades sanitarias. Los políticos, los gobernantes, en este contexto, no estarían haciendo otra cosa que seguir a la ciencia. El lema lo utilizaron varios presidentes; en Colombia, particularmente, ello se reflejaba en la emisión televisiva donde el entonces presidente Iván Duque, todos los días, le preguntaba a su ministro de Salud (como autoridad sanitaria) cuál era la situación y qué se debía hacer; en función de las cifras se encerraba o no a la población. En otras palabras, eran las autoridades sanitarias quienes tomaban las decisiones más importantes de gobierno; la ciencia, aparentemente, tomó el lugar de la política.

En ese orden de ideas, las decisiones del ejecutivo adquirieron inmunidad total ante la crítica, se ubicaron más allá de la política, puesto que aquellas estarían completamente basadas en apreciaciones técnicas. Así, criticar las políticas sanitarias equivaldría a negar la ciencia. Los «expertos» nos informaban, sin lugar a duda, quiénes morían de qué y, por consiguiente, cuántos muertos había causado el coronavirus. Igualmente, con la precisión de las matemáticas, la ciencia nos diría cuántos muertos más podía haber si no seguíamos las recomendaciones de la tecnocracia, convertidas ahora en decretos. Cualquier cuestionamiento a las decisiones gubernamentales se convirtió en un atentado al sentido común y al bienestar general, y quien se atrevió a ello fue etiquetado como una persona «anti-ciencia» y un «irresponsable».

Concretamente, la narrativa oficial afirmaba lo siguiente: según la ciencia, el virus se propaga fácilmente, puede matar a cualquier persona, y todos podemos contagiar a los demás, incluso sin estar enfermos. Para evitar nuestra propia muerte o la de nuestros seres queridos, no tenemos más alternativa que respetar el confinamiento y esperar a que se desarrolle una vacuna. Esta narrativa oficial fue reproducida tanto por los medios de comunicación hegemónicos (MCH), como por los Gobiernos locales, nacionales y supranacionales³.

Expresar públicamente cualquier duda frente a la narrativa oficial sería peligroso, ya que arriesgaba sembrar la duda en las demás personas. Sobre esta base, los Gobiernos y los gigantes de las TIC

³ La OMS pertenece a la Organización de las Naciones Unidas, uno de los principales instrumentos de gobernanza supranacional.

contribuyeron a censurar cualquier idea que pudiera debilitar la absoluta certeza de la narrativa oficial. Es así como la empresa Alphabet (propietaria de Google), por ejemplo, a través de sus plataformas y aplicaciones (como YouTube) censuró cientos de miles de videos que, según la misma compañía, debían desaparecer por no estar de acuerdo con la narrativa de las autoridades sanitarias⁴. Lo mismo hicieron otras compañías como Microsoft (a través de su red social LinkedIn), Meta (propietaria de Facebook e Instagram), y Twitter. Estas últimas, además de hacer desaparecer mensajes, prohibieron la existencia de grupos y clausuraron cuentas personales, incluso si se trataba de científicos altamente calificados en ciencias de la salud.⁵ El Gobierno de los Estados Unidos se manifestó en ese sentido instando a dichos gigantes de las TIC a censurar cada vez más.⁶

Vemos entonces que un análisis de las políticas implica, en este ámbito, analizar ese papel preponderante de la ciencia como fuente de legitimación del poder compuesto por una alianza entre los Gobiernos y los MCH. La ciencia ha sido presentada, aquí, como una «comunidad» unificada, como la entidad que describe la realidad tal cual es, como un lugar de producción de verdades definitivas e inobjetables con las cuales cualquier científico (o, en su defecto, cualquier persona moderna y bien educada) debería estar inevitablemente de acuerdo. Los medios de comunicación estarían transmitiendo esas descripciones de la realidad y esas conclusiones científicas al público. Los políticos, por su parte, serían simples ejecutores de lo que esa ciencia recomendaba.

Ciencia y Religión

Desde sus inicios, la ciencia moderna se ha distinguido de la religión. En la ciencia no hay seres sagrados, ni fuerzas sobrenaturales, como tampoco hay dogmas inapelables ni verdades eternas. Las verdades científicas son afirmaciones lingüísticas (*logos*) que están siempre sujetas al debate y que, por principio, son siempre «falsea-

⁴ Solo a septiembre de 2021, YouTube reconoce haber removido más de 130 000 videos: <https://blog.youtube/news-and-events/managing-harmful-vaccine-content-youtube/>

⁵ Un ejemplo prominente de esto es la clausura de la cuenta en LinkedIn y Twitter de Robert Malone, investigador con décadas de experiencia y cuyo aporte fue fundamental para el desarrollo de la tecnología de ARN mensajero usada en vacunas anti-covid como las de Pfizer-Biontech y Moderna.

⁶ <https://nypost.com/2021/07/20/bidens-attempt-to-rope-big-tech-into-censorship-is-downright-sinister/>

bles», al decir de Karl Popper (1986). Todas las afirmaciones científicas pueden y deben ser sometidas a prueba, expuestas a la crítica. Las realidades empíricas pueden y deben ser observadas desde diversos puntos de vista, por parte de sujetos distintos, quienes tendrán otras perspectivas. Por consiguiente, si hay censura, no hay ciencia.

A diferencia de la religión, en la que la verdad es aquella pronunciada por ciertas autoridades, no hay afirmaciones científicas que debamos creer y aceptar simplemente porque provienen de una autoridad (por ejemplo, un centro de investigación, una respetada doctora, o la OMS), o porque toman la forma de precisos números y curvas estadísticas; las cifras no son iguales a la realidad y pueden mentir tanto como las palabras.

Y si una religión es una «comunidad moral» en la que todos los integrantes se unen en torno a un mismo sistema de creencias (Durkheim, 1982, p. 42), la expresión «comunidad científica» simplemente hace referencia al conjunto de personas que llevan a cabo investigaciones científicas. No se trata, en absoluto, de una comunidad de consenso. Por el contrario, y de acuerdo con lo que hemos dicho antes, un integrante de la comunidad científica —un científico— se distingue del creyente *precisamente* porque cuestiona todas las afirmaciones que hacen los demás integrantes de la comunidad científica. Un científico no es alguien que, por tener uno o varios diplomas (por ejemplo, en ciencias de la salud), se convierte en la persona autorizada para reproducir y difundir una narrativa o una serie de afirmaciones producidas por otros miembros de la comunidad científica. Reproducir dichas narrativas no demuestra, en absoluto, que quien lo hace sea un científico. Por el contrario, quien lo hace arriesga parecerse más a los creyentes religiosos que se limitan, fielmente, a repetir de manera dogmática lo que otros, desde posiciones de autoridad, han dictaminado. Cabe añadir que, por más elevado que sea el número de personas diplomadas (una gran «comunidad» transnacional) que repiten y difunden ese tipo de narrativas, estas no son necesariamente verdaderas; una sola voz disidente, con suficientes pruebas, puede bastar para demostrar la falsedad de una narrativa oficial.

El fundamento hermenéutico de la ciencia y la construcción de los «hechos»

Hay que reconocer que las narrativas, aunque falsas o falseables, de origen científico o religioso, proveen sentido, ordenan el mundo, permiten comprender situaciones novedosas. Pero esas narrativas o relatos son siempre simplificaciones de la realidad infinitamente compleja y variable. Al parecer, los humanos tenemos una debilidad

por la reducción semiológica de los fenómenos complejos, por poner en caracteres reconocibles lo que se sustrae a una mirada apresurada, en fin, caemos en la seducción de la comprensión.

Pero debemos recordar que una narrativa aparentemente científica y coherente es lo que es: una narrativa, una construcción lingüística; los números, valga insistir, también son un sistema simbólico, no son la realidad, y también proceden de interpretaciones. La lectura precipitada y pueril ha creído ver en la afirmación de Nietzsche «no hay hechos, sólo interpretaciones» (Nietzsche, 2008, p. 222), un abrazar ingenuamente el subjetivismo relativista, mientras que lo que explicita es, más bien, que ninguna persona tiene una interpretación meramente subjetiva y solipsista. Lo que existe son visiones y aproximaciones de campo (sociológico, filosófico, económico, político, médico, psicológico, etc.) realizadas por individuos pertenecientes a una comunidad de sentido, una comunidad lingüística que provee a los individuos las herramientas interpretativas para construir una ontología y un ordenamiento del mundo. Tomando aisladamente la citada frase, se tiene la ilusión de haberla comprendido, cuando no se ha hecho más que abjurar de ella y someterla a una exégesis amañada. De esa manera, perdemos la perspectiva más amplia de que tal afirmación es impensable sin otras fundamentales de su obra.

«[El mundo] es interpretable de otro modo, no tiene un sentido detrás de sí, sino innumerables sentidos» (Nietzsche, 1997, p. 222). Esto es lo que el autor llama «perspectivismo», lo cual no debe confundirse con el subjetivismo o con la objetividad ingenua:

Contra el positivismo, que se queda en el fenómeno «sólo hay hechos», yo diría, no, precisamente no hay hechos, sólo interpretaciones. No podemos constatar ningún *factum* «en sí»: quizás sea un absurdo querer algo así. «Todo es subjetivo», decís vosotros: pero ya eso es interpretación, el “sujeto” no es algo dado sino algo inventado y añadido, algo puesto por detrás. —¿Es en última instancia necesario poner aún al intérprete detrás de la interpretación? Y eso es invención, hipótesis. (Nietzsche, 2008, p. 222)

Este preámbulo hermenéutico es necesario para abordar nuestro problema. No podemos acercarnos a nuestra pregunta con simplificaciones; no hay razón universal en nuestra gramática y es mediante el lenguaje que interpretamos el mundo. Vivir es interpretar y, así, se tasa, se jerarquiza, se diferencia, se cuenta, se decide. Estar en el mundo supone ya una hermenéutica. La gramática es el sentido, la visión que orienta la lengua que hablamos.

La sociología de la ciencia, siguiendo a Foucault, quien a su vez fue influenciado por el pensamiento de Nietzsche, ha demostrado

que los «hechos» de los que se habla en una comunidad científica no son simplemente el reflejo de la realidad «tal cual es», no son más que enunciados, construcciones lingüísticas, «artefactos» (Latour y Woolgar, 1995, p. 263). Los enunciados se convierten en «hechos» cuando son suficientemente convincentes para una población. En ese momento, «la gente dejará de plantear objeciones globales, y el enunciado caminará hacia su estatus de facticidad», es decir, se convertirá en un «hecho» (Latour y Woolgar, 1995, p. 269).

Ahora bien, lo que se establece ante la comunidad internacional como un «hecho científico» no se puede asumir ingenuamente como el puro resultado de la aplicación del método científico. Como señala Bourdieu (1975), es necesario tener en cuenta que la ciencia se produce por actores que siguen un conjunto de las estrategias con el fin de aumentar su capital simbólico. Por otro lado, no podemos seguir ignorando, en el caso de esta «pandemia», que los científicos producen «hechos» en función de los intereses de quienes subvencionan su trabajo (Latour y Woolgar, 1995, pp. 209-229). «Las fuerzas económicas atan al investigador como capitalista independiente y como empleado; en su posición es bastante fácil exprimirle para extraerle un hecho» (Latour y Woolgar, 1995, p. 259).

Cuando un tema tan complejo como el de las políticas sanitarias es reducido a una enunciación de «hechos», estamos ante una ilusión y una peligrosa manipulación retórica. Se está ignorando, para empezar, la necesaria distinción analítica entre la naturaleza y las descripciones sobre ella (Bloor, 1999, p. 87). Se está ocultando que la medicina, la virología o la epidemiología son construcciones sociales. Considerar que la sociología no puede analizar las afirmaciones de médicos, virólogos o epidemiólogos «equivaldría a afirmar que la ciencia no puede conocerse de un modo científico» (Domènech y Tirado, 1998, p. 15).

Y cuando nuestro problema es recluido en el estrecho horizonte de un sector dominante de las ciencias de la salud, lo que se logra es reducir empobreciendo, en lugar de enriquecer expandiendo las perspectivas de un fenómeno inmensamente complejo. Así lo explicita Heidegger en conversación con Richard Wisser:

Por ejemplo, la física se mueve con conceptos tales como el de espacio, movimiento y tiempo (¿qué es el movimiento, qué es el espacio, qué es el tiempo?) [...] la ciencia no puede responder estas cuestiones como ciencia. La ciencia, por tanto, no piensa; es decir, no puede pensar en absoluto en el sentido de sus métodos. Yo no puedo decir, por ejemplo, qué es la física físicamente o con métodos físicos; qué cosa es la física, solo puedo decirlo

pensando, es decir, filosofando. Es decir, "la ciencia no piensa", no es una acusación, sino solo una afirmación sobre la estructura esencial de la ciencia; pertenece a la esencia de la ciencia el hecho de que dependa de lo que la filosofía piensa". (Caverna, 2019b, 2m44s a 3m24s)

El confinamiento prolongado de segmentos poblacionales como el de los niños, es una decisión que desborda la reflexividad de una ciencia médica (la virología, por ejemplo). ¿Acaso se debatió científicamente, por ejemplo, sobre los múltiples efectos secundarios que tendría el encierro, las limitaciones a la socialización y la falta de escolarización en los menores a mediano y largo plazo? Los infectólogos —esos que aparentemente orientaron las políticas durante un buen tiempo— podían decir con certeza, aunque desde una perspectiva reducida, que impedir que los niños salieran de sus casas impediría la transmisión de los virus en las guarderías y colegios. ¡Por supuesto! Pero ¿qué hay de las otras facetas de la vida humana?

Los más reputados virólogos e infectólogos no podrán responder a esa pregunta. Se necesita de la participación más allá de estas ciencias que tomaron tanto protagonismo y, por qué no decirlo, tanto capital simbólico y tanto poder. De manera más evidente, la anterior pregunta excede la pseudo-ciencia de los médicos de noticiero, locutores erigidos en difusores de la verdad, «prohombres» ávidos de dar lecciones morales a una población atemorizada, confundida e intoxicada de discursos que se presentaban con toda el aura de la científicidad ante las cámaras, aunque sin ninguna prueba científica de rigor.

Campo este, el de los medios de comunicación, que supuestamente transmite los datos en bruto, hechos convertidos en estadísticas que están ahí como una objetividad aséptica, inobjetable. Pero la ingenuidad de tal enfoque positivista prefiere ignorar que para describir un «hecho» se requiere de una interpretación previa, que el acontecimiento no es nunca una sustancialidad clara y distinta:

Una "cosa en sí", algo tan equivocado como un "sentido en sí", un "significado en sí". No hay un "hecho" en sí, sino que siempre tiene que introducirse primero un sentido para que pueda haber un hecho. El "¿qué es esto?" es una posición de sentido vista desde algo diferente. La "esencia", la "entidad" es algo perspectivista y presupone ya una multiplicidad. En la base está siempre «¿qué es eso para mí?» (para nosotros, para todo lo que vive, etc.). Una cosa estaría designada si respecto de ella todos los seres se hubieran ya preguntado y respondido su «¿qué es eso?». Suponiendo que faltara un solo ser, con sus relaciones y perspectivas

propias respecto de todas las cosas: la cosa seguiría sin estar «definida». (Nietzsche, 2008, pp. 122-123)

La pregunta general que plantea el filósofo se traduce, más específicamente y en el caso de las ciencias médicas, en la pregunta: «¿es esta una muerte realmente causada por coronavirus?»; u otras como: «¿qué son todos esos números, esas estadísticas oficiales que los MCH nos están transmitiendo? ¿De dónde provienen? ¿Cómo se produjeron?».

Pero los medios, tan poderosos ya y en negociaciones constantes con los gobiernos de turno, buscan la espectacularidad, el *rating* y la difusión masiva, a tal nivel que recuerda la frase sardónica de Nietzsche: «Repitámoslo. Opiniones públicas, perezas privadas» (Nietzsche, 1986, p. 300). Es más fácil, por supuesto, reproducir una narrativa oficial, que investigar largamente sobre las relaciones de causalidad. La ciencia médica no se reduce a la mera operatividad, a la aplicación de protocolos o a la receta de fármacos. Mediante una apertura crítica, los médicos que realmente se dediquen a la investigación científica deberían preguntarse cuáles son las verdaderas causas de las muertes, cuáles fueron las metodologías utilizadas para establecer cualquier cifra publicada. El afán de «evitar una catástrofe» o de aliarse a una cruzada (política) contra los «anti-ciencia» y así salvar el mundo, no son razones *científicas* para convertirse en repetidores de narrativas.

Una vuelta a la episteme, al problema filosófico del fundamento

La dualidad mente (interpretación) - mundo (objeto de transformación material), y su necesidad de reconciliación, cimentan la confusión epistémica que atraviesa la modernidad y que Karl Marx ha hecho celebre al final de la tesis sobre Feuerbach: «Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo» (Marx, 1970, p. 57). Pasa Marx por alto, al igual que la opinión pública respecto a las medidas de confinamiento, que ellos mismos miran a través de una interpretación del mundo que les permite tanto la formulación de su deseo de transformación material del mismo, como la supuesta inobjetabilidad de los «hechos» establecida por el enfoque biomédico dominante, o lo que se ha denominado el *modelo médico hegemónico* (Briggs, 2005, p. 108). El criterio de expansión de un virus aparece como una de las más claras muestras de la simplificación grotesca de un problema tan complejo como el de la salud pública, haciendo creer que no había nada más importante para la especie humana que evitar el contagio. Bajo la obsesión de transformar el mundo en uno más seguro, erra-

dicando los virus de nuestras vidas, nadie con peso en el Gobierno pudo señalar el enorme desastre que se venía como producto del confinamiento, especialmente entre los sectores más desfavorecidos del planeta (Bendavid, Bhattacharya y Ioannidis, 2021).

¿Cuál ha sido la interpretación antes de tomar semejante decisión política que transformó radicalmente el mundo social? Heidegger nos aporta de nuevo luces al respecto:

La cuestión de la necesidad de transformar el mundo nos conduce a una frase de «La tesis sobre Feuerbach» de Karl Marx [...] «Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*»; [...] de hecho, en la formulación misma de la frase se pasa por alto que la transformación del mundo presupone la concepción de un mundo en transformación y que una concepción del mundo solo puede ser lograda mediante una correcta interpretación del mundo. Es decir, Marx se basa en una interpretación bien definida del mundo para exigir su transformación. Por eso la frase de Marx se muestra como una frase no fundamentada. La primera parte de la frase da la impresión de haber sido formulada contra la filosofía, mientras que la segunda parte de la frase asume implícitamente la necesidad de una filosofía. (Caverna, 2019a, 05s a 1m35s)

Los medios de «comunicación» transmiten los «hechos», las afirmaciones escandalosas que se elevan a la categoría de verdad. La bata blanca, el performance, el cadáver sin autopsia, la simplificación amplificada. Transmiten una medicina mediatizada que se ha adjudicado la posesión, a través de la representación performática, no ya de la verdad (por ejemplo, sobre la explicación que establece la causa de una muerte), sino de la *realidad misma*.

Este híbrido que llamamos «ciencia mediatizada» ha servido de altavoz a la descalificación más ramplona de cualquier persona que cuestione la narrativa oficial: «¿usted es médico?». Así, de la presumida máscara de científicidad y objetividad, de la autocomplacencia de quien cree estar «del lado de la ciencia» (como los políticos) solo parecen quedar la bata blanca y su autorizada pose de juez, es decir, el *performance* y la reiteración tautológica de lugares comunes.

Junto a la medicina mediatizada tenemos una suerte de «medios cientifizados», es decir, a los noticieros que se convirtieron en pedagogos de la ciencia epidemiológica, a Bill Gates enseñándonos sobre los virus, a los gigantes de las TIC que, durante esta pandemia, se han alzado en inesperados y repentinos defensores supremos de la «verdad científica». Es así que tenemos a Google y a Facebook, a Instagram, a Twitter y a Microsoft, es decir, a uno de

los sectores más poderosos del capitalismo global, muy preocupado, como el presidente Duque, por «nuestros abuelitos», censurando el debate público sobre las políticas públicas (valga la redundancia), suprimiendo las voces de los científicos «herejes» que cuestionan la narrativa, como en los tiempos de la Santa Inquisición, pero claro, sin derramar una gota de sangre.

Tal forma de proceder por parte del cuarto poder y de los hegemones de las redes sociales recuerda el monólogo asistido del diálogo platónico «Ion», en el que el argumento tecnocrático ya se esgrime, por boca de Sócrates, de manera ingenua y, en apariencia incontestable, contra aquellos que no están dentro del campo del saber referido (la medicina):

“Sócrates: -Más aún; cuando Homero dice que Hecamedela concubina de Néstor da una mixtura a Macaón herido, y dice poco más o menos: «Al vino de Pramnio dice, añadió queso de cabra, rallado con un rallador de bronce, junto con la cebolla condimento de la bebida», ¿a quién pertenece aquí dictaminar si Homero habla o no con exactitud, al médico o al rapsódo?

IoN: -Al médico. (Ion 538c)

Sócrates: -Quien no posee, pues, una técnica, no está capacitado para conocer bien lo que se dice o se hace en el dominio de esa técnica.

IoN: -Dices verdad”. (Ion 538a)

Lo que en el anterior extracto parece tan evidente se revela complejo y conduce a suposiciones erradas. Tal afirmación implicaría que la teoría (sofía) y la praxis (frónesis) son una y la misma cosa, que una contiene a la otra. Pero, como es evidente, quien habla una lengua, quien la practica (praxis) a la perfección, no necesariamente conoce las teorías lingüísticas sobre la gramática y la sintaxis de esa misma lengua, y tampoco está instantáneamente habilitado para enseñarla. Asimismo, quienes practican la medicina no necesariamente conocen las complejidades inherentes a la investigación científica sobre un nuevo virus, su dispersión y sus efectos particulares y variables en distintos grupos humanos. La pregunta de Sócrates, a partir de los versos de Homero, es equivalente a la que esgrimen ingenuamente los que quieren descalificar cualquier punto de vista crítico que amplíe la visión sobre un problema complejo, preguntándonos: «¿usted es médico?». Si no eres médico, implica la pregunta, no puedes decir nada sobre el confinamiento, por ejemplo. En cambio, los MCH reforzaron la supuesta validez de tan agresiva medida política presentando la opinión de ciertos médicos cuyas publicaciones científicas sobre el tema específico no apare-

cieron por ningún lado. Se asume que si alguien pertenece al área de la salud está instantáneamente revestido de un aura de legitimidad científica para hablar del desconocido virus y las innovadoras medidas, no importa si eres dentista o quiropráctico. Tal pregunta presupone, por contigüidad, quien ejerce la medicina es apto, competente y suficiente y, por tanto, no necesita de ninguna observación complementaria, anexa o crítica sobre las *políticas* sanitarias. Todos esos médicos mediatizados y del lado del poder, aparentemente, no podían estar equivocados. Hicieron muy bien su trabajo como parte de una estrategia comunicativa o «pedagógica»⁷, pero seguramente ninguno de ellos hizo investigaciones empíricas para evaluar los efectos adversos a corto, mediano y a largo plazo de las políticas que avalaron, efectos que deben tenerse en cuenta para establecer la conveniencia de cualquier intervención médica.

En la prestigiosa revista *The Lancet*, el reconocido investigador Richard Horton muestra claramente cómo, incluso desde la perspectiva salubrista únicamente, se puede concebir la crisis vivida por la aparición de un nuevo coronavirus desde un punto de vista distintivo al hegemónico, lo cual llevaría a medidas diferentes, invalidando el confinamiento. Para Horton (2020), en efecto, no se trató de una pandemia sino de una sindemia, es decir, de una epidemia que solo llega a tener efectos masivos y considerables a nivel de la salud pública en combinación con ciertas comorbilidades bien específicas. La «ciencia» (es el mismo Horton quien pone entre comillas) que llevó a los gobiernos a tomar las conocidas medidas en 2020, se basó en modelos matemáticos de expansión epidémica y especialistas en enfermedades infecciosas, pero no tuvo en cuenta los muchos otros factores del medio social determinantes para comprender esta epidemia.

La «ciencia» difundida por los Gobiernos y los MCH nunca mencionó la existencia de un debate científico respecto a las medidas sanitarias. Nunca se habló, por ejemplo, del concepto de sindemia, y, en cambio, se logró que se usara masivamente el término «pandemia», una palabra que evoca miedo y supone, en su sentido convencional (proveniente del griego), la existencia de una grave enfermedad que arrasa poblaciones enteras. Lo anterior nunca ocurrió, por supuesto. Sin embargo, cuando la OMS declara que estamos en una «pandemia» de covid-19, lo hace porque recientemente decidió —de

⁷ Cuando estas estrategias comunicativas sirven a fines políticos, generalmente se les llama propaganda.

manera unilateral, arbitraria y no difundida— que la palabra se refiere a una nueva enfermedad presente en los distintos continentes del planeta, independientemente de su gravedad y del número de muertes causadas⁸.

A manera de conclusión

Los peligros de instaurar medidas sanitarias a partir del pánico y sin suficientes evidencias científicas fueron señalados por investigadores de gran reconocimiento previo como John Ioannidis, aunque sus múltiples publicaciones científicas (ver, entre otras, Ioannidis, 2020) nunca fueron consideradas por los políticos ni por los MCH. Como tampoco tuvo visibilidad la sólida crítica presentada en la *Great Barrington Declaration*. Esta declaración fue redactada en octubre de 2020 por 3 notables científicos, médicos, expertos en salud pública y epidemiólogos de las universidades de Harvard, Oxford y Stanford. Desde entonces, miles de científicos han adherido a sus argumentos, y a marzo de 2022, ya contaba con más de 928 000 firmas. La Declaración argumenta clara y detalladamente que fue un grave error el haber confinado a la población en general. Estiman sus autores que los confinamientos tendrán un efecto negativo en la salud pública a mediano y largo plazo, debido a fenómenos como aumento de enfermedades cardiovasculares, disminución en los controles de los enfermos de cáncer, aumento de problemas mentales, entre otros. La mayor parte de los inconvenientes causados por los confinamientos, adiccionan, se observarán en las clases populares y entre los jóvenes, es decir, la mayor parte de la población mundial⁹.

Lo anterior constituye solo una fracción de la crítica científica a la narrativa oficial, pero es suficiente para demostrar que no había tal «comunidad científica» unificada, y que los medios solo nos estaban mostrando una parte de los «expertos». A lo que se ha renunciado en esta coyuntura es al perspectivismo nietzscheano y a su equivalente médico, la aproximación sindémica, que no está prisionera de objetivismos ingenuos y neutros que con la afición al reduccionismo enturbian lo claro y opacan aún más la oscuridad. No solo se ha abordado un problema complejo desde una narrativa unidimensional y unívoca: la de la «ciencia mediatizada». También se ha abjurado del debate y problematización con pares, invisibili-

⁸ «¿Qué es una pandemia?», Organización Mundial de la Salud. https://www.who.int/csr/disease/swineflu/frequently_asked_questions/pandemic/es/

⁹ <https://gbdeclaration.org/>

zando y censurando a los médicos e investigadores con puntos de vista disidentes y complejos.

Referencias bibliográficas

- Bendavid, E., Bhattacharya, J., Ioannidis, J. (2021). Assessing Mandatory Stay-at-Home and Business Closure Effects on the Spread of COVID-19. *European Journal of Clinical Investigation*, 51(4). [www.doi.org/10.1111/eci.13484](https://doi.org/10.1111/eci.13484)
- Bloor, D. (1999). Anti-Latour. *Studies in History and Philosophy of Science*, 30(1), pp. 81-112.
- Briggs, C. (2005). Perspectivas Críticas sobre Salud y Hegemonía Comunicativa: apertura progresistas, enlaces letales. *Revista de Antropología Social*, 14, 101-124.
- Caverna. (2019a, 14 de julio). *Martin Heidegger: sobre Karl Marx y la transformación del mundo (Subtitulado)* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=4wCLNLjVvgU>
- Caverna. (2019b, 15 de julio). *Martin Heidegger: sobre el hombre, la ciencia y la técnica (Subtitulado)* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=xGfRS1ss>
- Domènech, M., y Tirado, F. (1998). Claves para la lectura de textos simétricos. En M. Domènech y F. Tirado (Comps.), *Sociología Simétrica. Ensayos sobre Ciencia, Tecnología y Sociedad* (pp. 13-50). Gedisa.
- Durkheim, É. (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Akal.
- Engels, E. (1970). *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* [Con el apéndice: C. Marx. Tesis sobre Feuerbach]. Editorial Progreso.
- Horton, R. (2020). COVID-19 is not a pandemic. *The Lancet*, 396(10255). [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)32000-6](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)32000-6)
- Ioannidis, J. (2020). Coronavirus disease 2019: The harms of exaggerated information and non-evidence-based measures. *European Journal of Clinical Investigation*, 50(4). <https://doi.org/10.1111/eci.13222>
- Latour, B., y Woolgar, S. (1995). *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*. Alianza.
- Nietzsche, F. (2008). *Fragments póstumos. Volumen IV (1885-1889)*. Tecnos.
- Nietzsche, F. (1986). *Humano demasiado humano*. Editores Mexicanos Unidos.
- Nietzsche, F. (1997). *Crepúsculo de los ídolos*. Alianza.
- Platón (1985). *Diálogos I*. Gredos.